

El Príncipe y La Zapatilla

La fecha es 2032, el aguacate ha pasado de moda y usar ropa naranja en público es ahora una ofensa punible. La reina está cerca de la muerte y no hay un reemplazo adecuado, hasta su único hijo, Carlos, se casa. El país es en un estado de agitación total.

Pero, el príncipe no era un príncipe ordinario. Carlos era un travesti: jurado al secreto proteger el honor de la familia. Lo odiaba. ¿Qué era la vida sin la sensación fresca de pantimedias deslizándose sobre sus dedos de los pies y estirando sus piernas? Podría experimentar en la privacidad de sus propios dormitorios pero, Dios, quería aventurarse en el gran mundo ancho en leggings y un top corto. Era completamente e insoportablemente doloroso. Todas estas risueñas, todos los sirvientes, todas las posesiones, sin embargo, no tuvo libertad. Nunca podría vivir el resto de su vida en esta manera.

Una fiesta se había arreglado para el fin del mes así que Carlos pudo encontrar su futura esposa y tomar el trono. Y, la desesperada Cinderella había recibido una invitación. La invitación. El uno, que podría cambiar toda su vida y salvarle de la tortura que tuvo que soportar.

Cinderella, la hijastra de una duquesa, vivía la vida más dura imaginable. Lavaría los platos y barrería el piso y presionaría la ropa, en el día libre de la criada. A veces, se esperaba vestir si misma. Era increíblemente difícil y hizo todo lo posible para asegurarse de que todos supieran sobre sus problemas.

Pues, cuando Cinderella leyó la invitación, chilló con completa incredulidad. Vestido, zapatos, pelo: todas cosas tenía que ser perfectas. Esta sería la noche más importante de su vida.

El día llegó rápidamente, con Carlos preocupando por el tamaño de su traje y Cinderella se asustando que su pobre, pobre pasado pudiera tener una influencia negativa en la impresión en el Príncipe.

Cinderella se metió en la habitación, sus piernas deslizándose a través de las atrevidas hendiduras de su vestido. Era impresionante, ella se dijo afirmativamente. Ningún hombre podría rechazarle. Y, como había predicho, desde el momento en que ella entró en el Príncipe Carlos no pudo apartar los ojos de ella y, obviamente, ese vestido espléndido. Admiró el corte de la tela y el estilo y la secuencia. Notó la feminidad acentuada de su cuerpo en el vestido. Se preguntó si había una forma en que su cuerpo pudiera caber en un vestido tan hermoso. ¿Cómo podría encontrar una esposa cuando todo lo que podría mirar era sus atuendo?

Cinderella se subió a la pista de baile y él tomó su mano. Bailaron. Rieron. Hablaron. Era perfecto, casi un cliché. Sus ojos estaban fijos en el premio y podía sentir la riqueza del Príncipe a su alcance. Jugosa y espesa riqueza. Y, ciertamente, no le dejaría ir.

Pero, el reloj dio la medianoche. ¡El toque de queda! Se llevó su vestido en sus manos y corrió hacia el coche.

Príncipe Carlos se quedó en shock y comenzó a perseguirla. El coche se había ido y todo lo que quedaba era un estilete de terciopelo. Bonito, pensó, recogiendo y abrazándolo en sus dedos. Suave y blando. Se quitó el zapato y se lo puso en el pie. Fue un ajuste perfecto. Se quedó, mirando la maravilla debajo de él. Y, con el apretón de una varita y una puñada de humo, Carlos nunca había visto de nuevo.

Sus palabras finales se desenzarían: “Pues, si la zapatilla cabe...”

Louisa (17)

